

Otra lectura de las últimas elecciones en Francia

Mauricio Montalvo*

La situación y el susto

La última elección presidencial en Francia,¹ que determinó la reelección del Presidente Jacques Chirac para un nuevo mandato de cinco años ha quedado registrada, al menos en la opinión pública general y más allá del resultado final, como una demostración del avance de la extrema derecha en el mapa político francés. En efecto, la prensa mundial dio una amplia cobertura de aquel resultado señalando como un "triumfo" o "auge" de la extrema derecha en Francia, y despertando muy diversas reacciones de temor, susto e incredulidad por el sorpresivo resultado electoral. La ocasión sirvió también para despertar una serie de criterios y juicios sobre el "avance" de las posturas

más sectarias, reaccionarias, xenófobas, discriminatorias y excluyentes en la sociedad francesa y, de paso, también la europea.

Sin embargo, estimo que términos como "triumfo" o "auge" de la extrema derecha no son los calificativos más idóneos para describir lo ocurrido en Francia, ni denotan con precisión lo que objetivamente transmiten las cifras electorales, ni en el fondo la realidad social y política de ese país. Podría entenderse que existió, efectivamente, un triunfo en cuanto Le Pen pasó a la segunda vuelta, con todo el impacto mediático y la controversia que ese hecho trajo consigo. Pero ese hecho no acarrea, *per se*, que las ideas del Frente Nacional (FN) hayan sido las ganadoras o incluso que refleje un crecimiento masivo dentro del electorado francés.

* Ministro del Servicio Exterior ecuatoriano

1. La primera vuelta tuvo lugar el 21 abril de 2002 y la segunda el 5 mayo de 2002

Con ello no pretendo minimizar la presencia y vigencia del FN en Francia, ni desmerecer el alcance del "shock", como calificó la prensa francesa a dicho resultado electoral, sino por el contrario y, precisamente, puntualizar cómo ese fenómeno sectario y reaccionario no es nuevo, sino que ha estado enraizado en las entrañas de una buena porción de la sociedad francesa desde hace mucho tiempo, y que refleja actitudes, maneras de pensar y estilos de vida que no son de ahora sino que vienen desde tiempo atrás.

Es decir, lo terrible no es tanto que hoy Le Pen haya pasado a la segunda vuelta, como la mayoría de la prensa y la opinión pública señaló, entre escandalizada, incrédula y asustada, sino que su discurso y las prácticas que él representa hayan estado aferrados desde hace tanto tiempo a una parte no despreciable de la sociedad francesa y que recién hoy sean causa de alarma. En cierta manera, ha sido necesario que Le Pen pasase al "ballottage" con Chirac para que el mundo se diera cuenta de lo que realmente existe en la política francesa y lo que ella traduce de una sociedad que histórica —y paradójicamente en este caso— ha sido pionera y porta estandarte de la protección de los derechos civiles y las libertades fundamentales.

En ese sentido, este inesperado duelo Chirac-Le Pen en la segunda vuelta tuvo un efecto positivo, si cabe utilizar el término, que ha sido despertar la conciencia de mucha gente sobre esta realidad latente de la Francia actual y que no siempre se trasluce en ideas o comentarios aunque sea palpable y fácilmente perceptible en la vida cotidiana de ese país. La serie de movilizaciones, manifestaciones y reacciones que se suscitaron entre la primera y la segunda vuelta, tanto en las calles como en la opinión, son una demostración evidente de ese despertar ciudadano, tardío e irreparable en cuanto no podía enmendarse un error electoral ya causado, pero muy revelador al fin, y que eventualmente condujo a un abrumador triunfo de Chirac, el más alto de la V^o República francesa y que pocos días antes hubiese sido totalmente impensado que pudiera alcanzar cifras tan elevadas.

La votación de Le Pen y el Frente Nacional

Una revisión de los resultados electorales² del FN en las presidenciales francesas nos da una lectura ilustradora de lo que se pretende explicar:

Año	Votación	Porcentaje
1974	190.921	0,75%
1988	4'375.894	14,39%
1995	4'570.838	15,00%
2002 (1° vuelta)	4'804.713	16,86%
2002 (2° vuelta)	5'525.032	17,79%
2002 (Bruno Mégret)	667.026	2,34%

Como se puede observar, Le Pen tiene un voto duro y constante desde 1988, que se mueve alrededor del 15%. La elección de 2002 no representa un "gran" crecimiento electoral; aumenta sí, pero marginalmente, no sustancialmente como lo hace de 1974 a 1988. En esa ocasión, en un lapso de 14 años, sube más de 4 millones de electores que representan casi un 14%, en tanto que entre 1988 y 2002, en un lapso idéntico de tiempo, 14 años, sube poco más de 400.000 electores, que representa apenas 2,5% del electorado global. Subrayo que Le Pen en la segunda vuelta ni siquiera consigue, porcentualmente, aglutinar todo el voto de extrema derecha, si consideramos lo que obtuvo en la primera vuelta su antiguo número dos y hoy furibundo adversario y disidente Bruno Mégret.

Por tanto, el impacto a la conciencia colectiva debe ser el hecho de que Le Pen pasó a la segunda vuelta, mas no su resultado electoral, no las cifras de su votación. Co-

mo veremos más adelante, no se trata tanto de un crecimiento del FN, sino de un decrecimiento del Partido Socialista y de su candidato Lionel Jospin, lo que en realidad permite el paso de Le Pen al "ballottage". No es, por tanto, un "auge" electoral numérico o en términos de real apoyo mayoritario de los votantes, cuanto el impacto psicológico y emocional en la mente de los franceses, y no sólo de ellos, lo que verdaderamente brinda una significación especial y determinante al hecho irrefutable de que el líder del Frente Nacional haya quedado finalista de una lid presidencial.

Ello no quita la realidad alarmante que prácticamente 1 de cada 6 electores franceses vota por el FN y que además lo hace consistentemente. Es decir, que de cada seis franceses que cruzamos en las calles de París o cualquier otra ciudad gala, uno al menos comparte una actitud y un discurso racista, autoritario, intolerante, represivo, de miedo y casi siempre populista y demagógi-

2. Las cifras de los resultados de todas las elecciones presidenciales han sido tomadas del sitio WEB de la Presidencia de la República de Francia www.elysee.fr

co. En ese sentido, es muy importante tener en cuenta la composición social del voto de Le Pen y remarcar que de esos 5 millones de votos el 30% corresponde a desempleados, 24% a obreros, 20% jóvenes y apenas 17% a empresarios.³

Por otra parte, el supuesto "auge" electoral de Le Pen, que como queda visto en términos numéricos objetivos no es exactamente tal, no se refleja en la votación de su partido, que incluso podríamos decir fue castigado en las legislativas. En efecto, el FN registra en las elecciones parlamentarias y de gobiernos seccionales mucho menos apo-

yo que su líder. En 2002 no eligió un solo diputado, que sí lo tuvo en 1997 y no se diga el contraste frente a 1986 que gracias al sistema proporcional de distribución electoral de entonces concedió 35 diputados al Frente Nacional.

Es más, si revisamos la evolución porcentual de la votación de dicho partido, veremos que las elecciones recientes, especialmente la de 2002, más que crecimiento del FN representan una regresión neta:⁴

En el caso de la última elección a la Asamblea Nacional (junio 2002), Le Pen anunció triunfalmente que el FN sería el "árbitro de

Tipo de elección:	Legislativa	
Año	Porcentaje	Diputados Electos
Marzo 1986	9,65%	35
Junio 1988	9,65%	1
Marzo 1993	12,52%	0
Mayo 1997	15,24%	1
Junio 2002	11,12%	0

Tipo de elección:	Parlamento Europeo	
Año	Porcentaje	Diputados Electos
Junio 1984	10,95%	10
Junio 1989	11,73%	10
Junio 1994	10,51%	11
Junio 1999	5,69%	5

Tipo de elección:	Cantonal	
Año	Porcentaje	Miembros Electos
Septiembre 1988	5,36%	1
Marzo 1992	12,18%	1
Marzo 1994	9,76%	3
Marzo 1998	----- ⁵	3
Marzo 2001	7,12%	3

3. Cf. Ignacio Ramonet, "La peste" en *Le Monde diplomatique*, mayo 2002, quien además, citando a *Le Monde* de 13 abril 1996, más allá de las cifras electorales señala que "Absurdo, odioso y criminal, este discurso del Frente Nacional seduce después de largo tiempo, según ciertas encuestas, más de un francés entre cuatro".

4. Cifras tomadas del sitio WEB del Frente Nacional www.front-nat.fr

5. La omisión de esta cifra es en la fuente, *Ibid.*

las legislativas”⁶ y que al menos 300 de sus candidatos pasarían a la segunda vuelta, apenas lo hicieron 37 en “ballottage” y 9 en “triangular”.⁷ Como detalle sintomático conviene tener presente que en la elección de 1997, candidatos del FN pasaron 132 en “ballottage” y 76 en “triangulares”, número significativamente mayor al resultado de 2002.

La abstención

Entonces, si el paso de Le Pen a la segunda vuelta no fue exactamente por un crecimiento significativo de sus votantes, las razones hay que encontrarlas en otro lado. Una primera, y que ha sido generalmente evocada por la crítica, es la división de la izquierda, que explica, efectivamente parte de la realidad pero no todo el conjunto. Es cierto que la diferencia entre Le Pen y Jospin en la primera vuelta fue de menos de doscientos mil votos,⁸ brecha que en teoría hubiese sido

cubierta fácilmente con los votos de Jean-Pierre Chevènement.⁹ Sin embargo, si bien la “izquierda plural”, como se denominaba la coalición que sostenía a Jospin como Primer Ministro, es la que más escisiones encaró y evidentemente afectó al candidato socialista, es preciso recordar que todos los sectores soportaron divisiones, incluso Le Pen con Mégret como se indicó arriba, y Chirac también, particularmente con François Bayrou.

Empero, el principal rival de Jospin y de la izquierda en general, no fue la división sino el abstencionismo, fenómeno que quizá sea igual o más grave que lo primero y que ayude a explicar de manera complementaria lo que vive y siente la sociedad francesa contemporánea. En la primera vuelta presidencial (21 de abril de 2002) la tasa de abstencionismo registró el 28,4%, descendió al 20,29% en la segunda vuelta (5 de mayo de 2002), pero vuelve a ascender a 35,59% en la primera vuelta de las legislativas (9 de junio de 2002) y alcanza el récord histórico de

6. Cf. *Le Monde*, 10 junio 2002, “Le choix d’une cohérence”.

7. De acuerdo al sistema electoral francés, existe una distribución proporcional en cada circunscripción electoral que busca que el elegido que la represente gane con una mayoría calificada de votos. Cuando ello no ocurre en la primera votación, se convoca a una segunda vuelta electoral en la que, dependiendo del resultado, pasan los dos candidatos más votados (“ballottage”) o los tres más votados (“triangular”).

8. Jospin obtuvo 4'610.113 votos, equivalente al 16,18%.

9. Chevènement, antiguo Ministro tanto con Mitterrand como con Jospin, obtuvo 1'518.528, equivalente al 5,33% que si idealmente se sumaban a Jospin hubiese sido suficiente no sólo para que éste pase a Le Pen, sino incluso para ganar cómodamente la primera vuelta, tal como lo hizo en 1995.

39,72% en la segunda vuelta de las mismas (16 de junio de 2002).

Este hecho objetivo de las cifras lleva a un comentarista a señalar, no sin ironía y fino humor, que "el mayor partido político en Francia es el que no vota".¹⁰ El aserto estaría respaldado incluso en la historia, si recordamos que dicha tasa se ha mantenido alrededor del 30%. En las legislativas de 1988 los que no votaron representaron el 30,1%, en 1993 el 32,4% y en 1997 el 28,9% año que registra la tasa más baja y es cuando coincidentemente ganó la izquierda plural.

Es curioso y sintomático anotar que luego de la gran movilización de abril de 2002, a partir del paso de Le Pen a la segunda vuelta, que llevó a millones de franceses a las calles y motivó reacciones de los más diversos tonos y alcances, ese mismo fervor no se hubiese sostenido después, o que al menos no se haya expresado para acudir a las urnas. Al contrario, el abstencionismo de la elección presidencial de por sí alto, da un salto cuantitativo significativo y regresivo pocas semanas después.

Pareciera que la gente busca otros modos de expresión o vehículos para exteriorizar aquello que concibe como sus derechos demo-

cráticos; se prefiere más la calle o la tribuna pública a la urna, el panfleto o el grito al voto y la manifestación o la marcha a las campañas electorales. El fenómeno es también un rechazo y una protesta a la política y sus actores, o al menos en un sentido pasivo, de una marcada indiferencia o incluso indolencia al quehacer político tradicional. El hecho evidencia además un marcado desgaste de la clase política, su falta de convocatoria y las falencias que exhibe un sistema de representación tradicional para traducir adecuadamente las urgencias e intereses de la sociedad de nuestros días.

En el caso particular francés denota también un cansancio de la cohabitación y la incomodidad de la gente por un sistema que no termina de reflejar una situación transparente, clara y definida en el ejercicio de la autoridad gubernamental. Esto explicaría el récord de abstención en la segunda vuelta legislativa, en la que el votante socialista, con el mal sabor de la cohabitación previa y con un Presidente ya elegido, opta por no votar porque prefiere dejar a la derecha con toda la responsabilidad de gobierno en vista del holgado triunfo de Chirac en la presidencial, hecho que además e indudablemente otorgó

10. Cf. William Pfaff, "The biggest party in France doesn't vote", artículo en *International Herald Tribune*, 12 de junio de 2002.

un impulso muy fuerte a los candidatos a diputados de la derecha.

Otro factor de influencia en el marcado abstencionismo francés es, aparentemente, el papel que cumplieron las encuestas y sondeos de opinión. Según estos últimos, sin excepción, existía una reñida y cerrada disputa entre Chirac y Jospin, dándose por descontado que la segunda vuelta sería entre ellos y que sería la decisiva. La primera vuelta se constituía, de este modo, en un simple "round" de calentamiento y la elección presidencial "de verdad" se daría únicamente en la segunda vuelta.

Por un lado, para buen número de electores de izquierda o progresistas, esos sondeos les habilitaban a votar sin mayor reparo moral en la primera vuelta por cualquier candidato de la tendencia, entre la amplia gama propuesta, sin preocuparse de un posible triunfo de la derecha, aliviados como estaban por los datos de los sondeos, y depositar en la segunda vuelta el voto verdadero por el candidato socialista, que seguro debía pasar al "ballottage" según todas las encuestas.

Por otro lado, para otro tipo de elector no valía la pena, o no era realmente necesario o importante, acudir a la primera vuelta pues sería a la postre la segunda vuelta donde se definiría todo y, de acuerdo a ese

criterio, su voto tendría algún valor y sentido. Pero esta actitud facilista y amodorrada, cargada de resignación y conformismo, que describiría a buena parte del francés actual, se estrelló contra una realidad diferente y se despertó, entre asustado e incrédulo, con una alternativa distinta e inadmisibile para muchos de ellos. El hecho confirma, y esto tampoco es únicamente aplicable a Francia, que las empresas encuestadoras tienen una grave responsabilidad en los procesos electorales, poseen una influencia gravitante, y demuestra cómo sus datos pueden causar una lectura equivocada o engañosa de la realidad, con consecuencias impredecibles, como fue poner a Le Pen de finalista.

Aunque pueril, otro hecho que parece haber incidido en el fuerte abstencionismo francés de la primera vuelta fue el magnífico clima que gozó el país los días de las elecciones. "Bon vivant" después de todo, el francés corriente prefirió disfrutar del buen día y aprovechar las delicias del benigno clima, en vez de cumplir con un deber que no lo convencía demasiado y que era meramente referencial, con un resultado aparentemente previsto y descontado de Chirac y Jospin en la segunda vuelta. A este respecto es sintomático que la jornada de la segunda vuelta de las legislativas (16

de junio de 2002), que históricamente registra la tasa récord de abstencionismo, haya sido también un día de espléndido clima en Francia.

El quiebre de la izquierda

El fraccionamiento de la izquierda plural y el abstencionismo ayudan a explicar cómo el candidato presidencial Jospin de 1995 obtuvo dos millones y medio de votos menos, es decir una diferencia de más de 7% de los votos, siete años después y luego de exhibir una gestión y un balance más bien positivo luego de cinco años como Primer Ministro (1997-2002). Pero precisamente pareciera que el líder socialista sufrió el desgaste del ejercicio del poder y cargó con el peso más grave y antipático de la cohabitación: la seguridad ciudadana. Como en ninguna otra elección, marcada por un crecimiento de la delincuencia y la violencia en la sociedad francesa, el tema de la seguridad se tornó en el punto crucial y más sensible de la campaña electoral.

A este respecto, no es nada despreciable el impacto y responsabilidad que tuvieron los medios de comunicación al cargar las noticias y

titulares de prensa y televisión con los temas de inseguridad y violencia en Francia, casualmente los días y semanas inmediatamente previos a la primera vuelta presidencial. Y lógicamente, Jospin a cargo del Ejecutivo y por tanto directamente responsable de su tratamiento y cuidado, llevó la peor parte de este aspecto tan determinante e impresionante para la gente, concebido generalmente de un modo negativo.

Esta sanción electoral a Jospin, que además cometió errores de bulto en la campaña, afectó gravemente a los socialistas en las legislativas y los supuestos logros sociales de la izquierda plural en el poder fueron puestos al margen por la impopularidad del Gobierno en las semanas previas a la elección. En ese sentido es muy reveladora y emblemática la derrota en Lille, ciudad de la cual es alcalde Martine Aubry,¹¹ quien tuvo a su cargo las principales reformas del Gobierno Jospin. De todos modos, como diría François Hollande, Secretario General de los socialistas, fue una derrota "honorable"¹² si se cuenta el patrón histórico del voto francés que siempre cambia de mayoría a cada elección a la Asamblea Nacional y que su número de diputados no es el más bajo de su

11. Hija del célebre Jacques Delors y Viceprimer Ministra de Jospin (1997-2000), abanderada de las tesis más progresistas y originales del Partido Socialista.

12. Cf. *Le Monde*, 18 junio 2002, "M. Hollande cherche à éviter les guerres internes pour relancer le PS".

historia. En efecto, si bien el PS descende de 248 asambleístas en 1997 a 141 en 2002, no llega a los contados 54 que apenas pudo completar en 1993.

El golpe electoral afectó a todas las facciones de la coalición de la izquierda plural, que vieron disminuido considerablemente el número de diputados. Así el Partido Comunista pasaría de 35 a 21 diputados, los Verdes de 7 a 3, el Movimiento de los Ciudadanos de 7 a 0, y el Partido Radical de Izquierda de 12 a 7. Es más, y lo que es muy decidor, en el caso de las tres primeras agrupaciones, ni siquiera sus principales líderes, Robert Hue, Dominique Voynet y Jean-Pierre Chevènement, respectivamente, fueron electos. Al respecto, es preciso admitir que la izquierda plural del Gobierno Jospin, además del fraccionamiento electoral evidente, denotaba fisuras ideológicas claras y difíciles de conciliar que afectaron indudablemente al electorado. La coalición gobernante, aunque supo mantenerse con habilidad y sagacidad durante el quinquenio,

no pudo nunca ocultar sus divisiones internas ni la base difusa y poco fluida que los unía, lo cual terminó confundiendo y decepcionando a buena parte de sus electores.

El resultado y lo que queda

Es irónico, por tanto, que el pretendido "auge" de la extrema derecha, el elevado abstencionismo y la ciega división de la izquierda haya determinado un amplio y categórico triunfo de la derecha moderada representada por Chirac.¹³ Por ello no deja de sorprender que el mayor poder concentrado¹⁴ desde la creación de la V^o República esté en manos de un Presidente escogido como el mal menor por una buena parte de los electores.¹⁵ Luego de la derrota de 1997 y la gestión del gobierno Jospin, además de la serie de asuntos oscuros y no resueltos desde sus tiempos en la Alcaldía de París, de acusaciones no esclarecidas y escándalos en sus administraciones, muy poca gente apostaba a un Chirac ganador en

13. De todos modos conviene aclarar que la votación de la primera vuelta de Chirac es la más baja de un Presidente saliente en primera vuelta, es inferior a sus votaciones en las primeras vueltas de 1988 y 1995, y se remonta a sus niveles de 1981. En efecto, Chirac registra en las primeras vueltas de sus presidenciales las siguientes votaciones: 5'225.846 (1981), 6'063.514 (1988), 6'348.375 (1995) y 5'665.855 (2002).

14. Con los últimos resultados electorales, el partido de Chirac y sus afines controlan el Ejecutivo, la Asamblea Nacional, el Senado, el Tribunal Constitucional y el Consejo del Audiovisual.

15. En ese sentido conviene suscribir con Jean-Marie Colombani que "Chirac debe su gran triunfo al sentido cívico de la izquierda, dirigentes y electores". Cf. "Le défi", artículo en *Le Monde*, 10 junio 2002.

2002 y menos aún con ese abrumador resultado.

Sin embargo, la lección mayor de las últimas elecciones francesas no ha sido tanto la supuesta alza de Le Pen, sino el peligroso crecimiento del abstencionismo que constituye la porción más elevada del electorado francés, con todo lo que ello implica como conciencia política, actitud ciudadana y reflejo de los valores que prevalecen en una sociedad. De hecho, más que el voto propio de Le Pen, que ha oscilado aproximadamente en lo mismo, con mínimos ascensos desde 1988, lo que define su paso al "ballottage" es el abstencionismo y la indiferencia ciudadana que evidentemente no aportó votos a Jospin.

En el caso de Le Pen, queda visto que su alza es absolutamente relativa y que más bien se benefició de una amplia cobertura periodística por su paso a la segunda vuelta. En realidad, ha sido más la notoriedad de ese hecho aislado que un verdadero repunte, pues incluso descendió en las legislativas y, por el contrario, sirvió para despertar algunas conciencias a través de marchas y advertencias premonitorias.

Conviene más bien examinar el sentido profundo de la abstención, lo que significa como rechazo a los políticos y la política en general, quizá como respuesta a la ausencia

de programas políticos fuertes, originales y seductores, podría considerarse también como sanción o desengaño, o también simplemente como nueva actitud, precisamente política, a prácticas viejas, caducas e inoperantes del sistema. De alguna forma puede también interpretarse con un desgaste de la cohabitación, que para muchos puede considerarse un modelo inoperante y poco práctico. Pero puede así mismo asimilarse a una actitud menos contestataria y más indolente e indiferente, que mira y vive con mucha mayor distancia lo que ocurre a su alrededor, con desdén de las formas conocidas como democráticas, como es el voto. Son actitudes que apuestan a prioridades o formas sociales mucho menos cívicas, en el sentido clásico del término, y ensayan exteriorizar su participación social a través de otros vehículos, estilos y formas. Eso queda demostrado en las numerosas y multitudinarias movilizaciones y otras expresiones luego de la primera vuelta presidencial y la ausencia nuevamente masiva durante las legislativas que roza el 40% de los electores.

En cuanto a la izquierda, si bien perdió, incluso con derrotas emblemáticas de sus cuadros más visibles, no se trata de la peor debacle como pretendieron mostrar algu-

nos medios de prensa. Responde más bien a una alternancia habitual en la rotación legislativa francesa, pues nunca una mayoría se ha sostenido en el poder luego de 1981. Esta derrota "honorable" no sirve para soldar las fisuras que la izquierda soporta en su interior, tanto en sus definiciones ideológicas como en sus posturas programáticas, ni para justificar sus excesivas facciones electorales. Es verdad que la ausencia de un verdadero líder tampoco ayuda a la cohesión y fortalecimiento de la tendencia, pero la tarea principal y urgente es definir, consolidar y depurar sus aristas ideológicas.

Finalmente es preciso tener presente la poderosa influencia de las encuestas y como ellas dirigen la opinión de la gente, que en este caso se expresa en el desinterés manifiesto por tomar parte en una elección de resultado supuestamente conocido y que dejaba la verdadera elección para un evento posterior. La desmotivación se aplica tanto a las formas como a los contenidos y es indudable que los sondeos de opinión preelectoral no fueron los mejores aliados de Jospin ni de nadie en su entorno, y en cambio coadyuvaron decisiva y sorpresivamente a un triunfo histórico y aplastante de Chirac y sus afines.

